

VALENTIN-ANDRES ALVAREZ

LAS INQUIETUDES DE FIN DE SIGLO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, núm. 49, 1973

Las inquietudes de fin de siglo

por el Académico de número

EXCMO. SR. D. VALENTÍN-ANDRÉS ALVAREZ (*)

Comienza a suscitar inquietudes y temores la aproximación del año 2000, como los suscitó en su tiempo el paso del año 1000. Nuestro compañero Sr. Areilza, en su magnífica disertación, “Los límites del crecimiento”, explicó el fundamento de estas inquietudes y al final de la misma, y como consecuencia de los hechos expuestos en ella, aludió a los cambios que comienzan a proponerse en algunos conceptos económicos clásicos. Estos conceptos, cuya revisión se propone, son los de *valor*, *productividad*, *renta nacional* y *desarrollo*. En este final de la disertación del Sr. Areilza se inserta, precisamente, el comienzo de la mía.

Debo decir que mi preocupación e interés por esta cuestión tan actual viene ya de larga fecha. Hace muchos años, en un trabajo publicado en el número 2 de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS (abril de 1941), trabajo titulado “La Economía como Ciencia y como Arte”, y más tarde, en otro de la revista “Moneda y Crédito” (septiembre de 1958), hice la misma crítica que se hace ahora a los mismos conceptos clásicos.

Las ideas maestras que forman el armazón estructural de la nueva economía que se pretende construir ahora son éstas: hay que elaborar un nuevo concepto del valor económico, porque el vigente, fundamento de toda la economía teórica y práctica, está desvinculado de las cosas

(*) Disertación en Junta del 2 de mayo de 1972.

que importan más a la vida en su totalidad, está desvitalizado ;como consecuencia, es necesario modificar también, radicalmente, el concepto de productividad fundado en aquel valor; esos conceptos de valor y de productividad han impulsado un desarrollo de la economía y un crecimiento de la población que de no frenarse se presagian augurios muy sombríos para la humanidad del año 2000.

En los trabajos mencionados antes, y que voy a resumir ahora, expuse las raíces conceptuales, la génesis histórica y las consecuencias futuras de aquellos conceptos clásicos.

* * *

En el concepto clásico de valor entran dos elementos: utilidad y rareza y la conexión natural entre ellos tiene gran importancia para el presente tema. Si fijamos la atención en estas tres cosas indispensables para nuestro organismo: aire, agua y alimento, advertimos que mientras el aire es un bien libre que se encuentra en todas partes, el agua hay que ir a buscarla a la fuente y el alimento sólo se consigue con un esfuerzo mayor. Como el ahogo es mucho más angustioso que la sed y la sed más apremiante que el hambre, resulta que mientras el esfuerzo por conseguir estos bienes aumenta, la intensidad de la necesidad que satisfacen disminuye. Si ampliásemos esa escala el hecho aparecería con más claridad. Aire, agua, trigo, oro..., están en orden creciente en cuanto al esfuerzo y decreciente en cuanto al apremio de la necesidad; el oro no satisface ya ninguna necesidad vital. Pero como el valor económico de una cosa depende, en el fondo, del sacrificio impuesto para su adquisición, se desprende de lo anterior que la escala de los valores económicos aparece invertida con respecto a la de los valores vitales. Este hecho puede precisarse más. El organismo humano, físicamente considerado, es como una máquina térmica que produce energía por la oxidación de las materias que, como combustibles, contienen los alimentos. Este motor de combustión necesita aire continuamente y ha de tenerlo siempre a su disposición; si no lo tuviese se pararía. ¿Puede concebirse un mundo donde, como en éste se trabaja para comer, se trabajase para respirar; donde, como aquí se gana el pan, se tuviese que ganar el alimento? El aire tuvo que ser un bien libre mientras que el

alimento no es absolutamente necesario que lo sea. El ente natural que somos no sería viable si la urgencia de las necesidades que la vida impone no coincidiese con la abundancia de las cosas aptas para remediarlas. Si el número atómico de un elemento químico es, como se dice, un índice de su rareza natural, entonces los más necesarios deben estar entre los primeros de la escala o clasificación periódica. Una observación atenta de esta escala parece comprobarlo de manera notable, pues al principio están aquéllos que se destacan como *necesarios* y al final los *raros*. Si consideramos estos cuatro cuerpos tan necesarios para la vida del organismo: aire, agua sal común, hidratos de carbono, vemos que sus elementos, Hidrógeno, Carbono, Oxígeno, Nitrógeno, Sodio y Cloro ocupan los lugares 1, 6, 7, 8, 11 y 17; el Hierro es el número 26 y el oro, el 79... Es muy posible, aunque no puedo fundar la afirmación en ningún dato concreto, que si se ordenasen los elementos químicos componentes del organismo humano por la cantidad en que entran en él o siguiendo algún otro criterio objetivo indicador de en qué medida son necesarios, esta escala vital tendría un paralelismo notable con la escala atómica.

Sea o no cierto esto último parece bien fundada la afirmación anterior de que es lógico considerar, como engranado en el ordenamiento natural del mundo, el que el *valor vital* de las cosas crezca en el sentido de su *abundancia*; en cambio, como es bien sabido, el *valor económico* aumenta con su rareza, es decir, en sentido contrario a aquél. Esta inversión de la escala económica con respecto a la vital se refleja en algunas características de la organización económica moderna, responsables de graves desajustes, como veremos a continuación.

El hecho fundamental de que vamos a partir es éste: el valor vital de los bienes lo impone la naturaleza y su valor económico la sociedad. Se forma este último dentro de una estructura social determinada por la distribución de la renta, de los medios de adquisición, y, dentro de ella, las demandas de bienes, hacia las cuales la producción se orienta, no provienen estrictamente de necesidades *naturales*, en su puro sentido, sino *solventes* en sentido monetario. Esta orientación antivital de la producción de bienes impuso un concepto de productividad que impulsó todo el desarrollo económico, antiguo y moderno, concepto cuya interesante historia resumimos a continuación.

Para los mercantilistas, siglos XVI y XVII, la actividad económica más productiva era la de las industrias que exportan sus productos. No

era ésta una productividad originaria sino derivada, pues lo que se pretendía, en realidad, con la exportación de productos era la afluencia de oro al país; con la abundancia de oro elevar los precios para estimular la actividad y el crecimiento de la industria nacional; el crecimiento de la industria tendría, a su vez, como efecto, el aumento de las rentas de trabajo y esto, como resultado final, lo que realmente se pretendía: el crecimiento de la población. El concepto mercantilista de productividad podría expresarse así: económicamente productivo es lo que, en definitiva, contribuye a producir hombres; la industria es la actividad que posee en mayor grado este carácter, pues de la importancia que tenga en un país depende la magnitud de su población. Que era el aumento de ésta lo que verdaderamente se pretendía, y no el “tesoro” de metales preciosos por sí mismo, lo revela bien este pasaje de uno de los mercantilistas más famosos, Davenant (finales del siglo XVII): “Los hombres son la principal riqueza de una nación... España es débil por su escasez de habitantes, a pesar de sus minas de oro y plata”. Pero una gran población necesita alimentos. Sin embargo, esta gran verdad no planteaba problema alguno importante a los mercantilistas, pues pensaban que adquirir alimentos a cambio de la exportación de productos industriales era ventajoso para el país, desplazando así hacia las colonias y las naciones no industrializadas la actividad agrícola. En resumen, el concepto mercantilista de productividad condujo a montar una gran población sobre una estructura económica puramente industrial, cuya base alimenticia indispensable está fuera de los límites del país, en buena parte, también, fuera de su jurisdicción, y en todo caso ajena totalmente al engranaje territorial metropolitano de su organización política y social.

La Fisiocracia reaccionó contra todo lo que este sistema tenía de artificial. Significó, en la Economía, el retorno romántico a la naturaleza “muy siglo dieciocho”. En la Ciencia Económica se impuso la Agricultura y la Ganadería, como se impusieron en la corte de Versalles los duques pastores y las princesas “rubenianas” que “orlaban con cintas sus blancos corderos”. Todo lo esencial era natural. La sociedad era un “ordre naturel et essentiel”, la economía también. Esta destacó la dependencia, el lazo cósmico que liga el hombre a la naturaleza, a la tierra, su “mater nutritia”. De aquí la idea fisiocrática de productividad, opuesta diametralmente a la mercantilista: “Sólo la Agricultura es productiva; la Industria es estéril”. Esta idea, exagerada como toda reacción, tenía, sin embargo, un fondo de verdad. Los campesinos no sólo

producen los alimentos que consumen, sino que obtienen además un excedente, un "producto neto" que alimenta al resto de la población y, por tanto, a los trabajadores industriales. Lo que éstos consumen no lo *producen*, lo *ganan*. Pero los fisiócratas expusieron estas verdades mezcladas con tan grandes errores, que sus continuadores derribaron toda aquella construcción doctrinal sin apartar, para reconstruir, los materiales aprovechables que había en ella.

Fue Adam Smith quien hizo la primera crítica importante de los errores de la Fisiocracia; pero como le pasaron inadvertidos sus aciertos, debido a la gran influencia que Smith ejerció sobre el desenvolvimiento posterior de la Ciencia Económica, aquellos aciertos quedaron definitivamente silenciados. Como es bien sabido, para el autor de "La Riqueza de las Naciones" y todos sus partidarios y continuadores hasta hoy, no puede establecerse ninguna diferencia económica entre la productividad de la Agricultura y de la Industria. Si para la Fisiocracia sólo el cultivador ejerce una actividad productiva, para Smith y todos los "smithianos" es tan productivo el trabajo del industrial que fabrica alfileres como el del cultivador que cosecha trigo. (La fabricación de alfileres es, precisamente, su ejemplo, ya clásico, para mostrar la gran productividad que debe la Industria a la división del trabajo.)

Es fácil de observar cómo esta teoría concede idéntica importancia para la producción a cosas que la tienen muy diferente para el consumo; ella coloca en el mismo rango a todas las producciones, sin tener en cuenta la jerarquía vital de los productos. Hemos de decir, sin embargo, que Adam Smith muestra, todavía, cierta simpatía fisiocrática y romántica hacia la Agricultura. Fue el "smithianismo" rabioso de sus continuadores el que cerró el camino a una gran verdad fisiocrática y lo abrió a un gran error mercantilista, puesto que, al considerar productivamente iguales a la Agricultura y a la Industria, hizo insensible a la apreciación científica, al análisis teórico de los hechos reales, cualquier desarmonía existente en la organización económica entre la producción de alimentos y de artículos industriales, es decir, que la supervaloración mercantilista de la Industria, no advertida por la teoría, se pudo imponer a la realidad, como ocurrió efectivamente.

Entre las cosas que favorecieron el llegar a este resultado no se debe omitir el que esta doctrina de la productividad, y a pesar de lo que hemos dicho, no es económicamente falsa. Aunque parezca paradójico en extremo es muy cierto, como veremos en seguida, que su error

proviene de ser económicamente exacta. Pero lo es dentro de un concepto de lo económico pasivo para lo vital y para lo social. En efecto: hemos dicho antes que en una sociedad como la nuestra la producción es orientada por los valores económicos de los productos y que esos valores no reflejan las necesidades sentidas sino las monetariamente solventes, y que esto depende de la distribución de las rentas o ingresos determinada por la estructura política y social. Ahora bien; esa estructura es algo previo, dado, para la Economía; es un dato para sus problemas, un elemento determinado fuera de sus especulaciones, por el orden jurídico tradicional vigente en la sociedad. A causa de esto la investigación del concepto de productividad parte de supuestos que contienen ya la medida en que lo vitalmente necesario para todos entra en lo económico, medida fijada previamente por la estructura social. Una actividad económica, un factor de producción, serán tanto más productivos cuanto más contribuyan al bienestar, pero determinado y jerarquizado por aquella estructura económica y social dada. El que ese bienestar, y la productividad ligada a él, pueda modificarse profundamente por alteraciones en la estructura determinante de las demandas monetarias, solventes, fundamento de aquella productividad y meta de la producción, será un problema político, jurídico o social, pero extra-económico para la doctrina tradicional y aún la actual. Y debe advertirse que dentro de esa organización, las rentas muy bajas, las de la mayoría de la población mundial, como carecen de fuerza económica para crear demandas vitales, tienen su reverso en los efectos de las rentas altas, con poder suficiente para crear demandas y ofertas vitalmente innecesarias; de donde puede deducirse la ley que expresa correctamente, a nuestro juicio, la relación entre lo económico y lo vital: En la misma medida que la riqueza se concentra, la economía se desvitaliza.

Sin embargo, sería muy erróneo creer que todos los desajustes de la organización tradicional dependen de la distribución de la renta. Comienza a inquietar ya el excesivo crecimiento de la población y ocurre que en los pueblos europeos más adelantados y más ricos, es decir, los que señalan a los demás el camino del progreso, se estableció una organización económica y productiva que impulsó aquel crecimiento demográfico a un ritmo que la Historia no conoció jamás, mientras que la producción de alimentos necesarios para ella quedaba fuera del sistema, en perfecta congruencia con la productividad mercantilista. Analizaremos a continuación estos hechos y sus inquietantes consecuencias.

Si ordenamos las distintas producciones según la importancia vital de sus productos, tendremos la siguiente escala, paralela a la de las necesidades según su jerarquía para su consumo:

Escala de las producciones según la importancia de las necesidades

1.	{ { {	Caza y pesca.	} } }	Alimentación.
		Agricultura.		
		Ganadería.		
2.		Construcción.		Vivienda.
3.		Industrial textil.		Vestido.
4.	{ {	Industria metalúrgica, de la maquinaria, química, etc.	{ {	Necesidades anteriores y otras necesidades.
				
5.	{ {	Comercio.	{ {	Necesidades anteriores.
				

Ciertamente, en esta clasificación se advierte el hecho de que los resultados de algunas producciones se aplican, en parte, a las necesidades asignadas a otras (la Industria de la maquinaria, por ejemplo, contribuye a la alimentación en tanto que fabrica arados, segadoras, tractores, etc.); pero esto no afecta esencialmente a lo que decimos a continuación.

Es bien sabido que las necesidades son de dos tipos o clases: naturales y sociales. La más puramente natural es, sin duda alguna, la alimentación; en la vivienda influyen ya importantes elementos sociales y en el vestido seguramente más. Debemos destacar una característica especial que distingue los dos tipos de necesidades, porque, como veremos luego, ha tenido una influencia importantísima en la orientación del progreso productivo. La diferencia es que las necesidades naturales son limitadas y las sociales no. Adam Smith decía ya que el deseo de alimentos está limitado por la capacidad del estómago, pero el deseo de alhajas, muebles, en general de lujos, no tiene límite. Podemos apreciar muy bien esta diferencia en la necesidad de vestirse, que es a la vez, natural y social. La natural de proteger nuestro cuerpo contra la intemperie la satisface un vestido solo, pero ¿cuántos vestidos necesita una mujer para satisfacer la necesidad social de la elegancia? Ni ella misma lo sabe, porque no tiene límite.

Volvamos a la tabla anterior. Ordena las producciones según la importancia del consumo que satisfacen. Si proyectásemos sobre ella los diferentes conceptos de productividad antes expuestos veríamos que un mercantilista ordenaría productivamente las producciones del cuadro de abajo arriba, un fisiócrata de arriba abajo, en el orden en que están, pues el grupo agrario alimenticio sería el único productivo, el industrial, según sus principios estéril y el comercio, para ellos, como es bien sabido, tendría una productividad negativa, al sustraer al consumo lo que ganan los intermediarios. Para un "smithiano", en cambio, después de excluir el comercio, y puesto que las profesiones liberales no están en el cuadro, pondría todas las producciones al mismo nivel. Si le preguntásemos cómo es posible asignar el mismo rango, con respecto al bienestar, a la producción de alimentos y de alfileres, respondería que ninguna industria se crea si no hay, o no se presume que habrá, demanda de sus productos, ni crece más allá de los límites impuestos por esa demanda, pues el mecanismo de los precios ajusta, a la larga, las ofertas de los productores a las demandas de los consumidores. Sin embargo, esas demandas, como hemos visto antes, no provienen de necesidades vitales sino *solventes* en sentido monetario, y aunque esto es ya una fuerza que tiende a desarticular la producción del consumo necesario, en una organización que funcione sobre esas bases, se sumó todavía a este hecho otro que acabó de dislocar aquella articulación necesaria a toda economía bien ordenada.

El hecho indicado fue una consecuencia de la doctrina del progreso económico introducida por Federico List, teoría puesta en práctica por la política económica de todos los países occidentales. Como se sabe, List estableció las siguientes etapas del progreso económico: 1.^a Caza. 2.^a Pastoreo. 3.^a Período agrícola. 4.^a Período agrícola-manufacturero, y 5.^a Período agrícola-manufacturero-comercial. El grado del progreso económico se estima según el nivel alcanzado por la técnica productiva. Pero a medida que esta técnica se perfecciona la especialización se intensifica, y al aumentar la división del trabajo, y con esto el número de centros productivos independientes, el intercambio, el tráfico, aumenta al mismo ritmo, de donde resulta el gran desarrollo del comercio que caracteriza las etapas superiores del progreso. Como los avances técnicos que aporta cada época se incorporan a la organización que proviene de la época anterior, "parece", en efecto, que esas etapas, al indicar los perfeccionamientos en la técnica productiva, en la utilización de los recursos para la satisfacción de las necesidades, suponen, sin más, aumentos del bienestar y significan, por

lo tanto, un progreso económico verdadero. Hemos entrecomillado el “parece” porque la realidad es muy distinta, como vamos a ver. List, siguiendo en esto a los clásicos que combate, se ocupa poco de necesidades y satisfacciones, es decir, de bienestar; lo mismo que aquéllos, se preocupa mucho más de producción que de consumo. Así resultó que desbordando su propia teoría del equilibrio entre las fuerzas productivas de un país, valoró mucho más la Industria y el Comercio que la Agricultura, lo cual significó un retorno al Mercantilismo, doctrina con la cual tiene este economista otras muchas afinidades, como el proteccionismo, la importancia de la población, etc. Es decir, List estima el progreso *mercantilísticamente*. La consecuencia primera de este hecho la revela nuestra tabla anterior, pues se advierte, al momento, que los períodos de List no son más que los grados de la escala de producciones considerados como etapas del progreso económico, el cual avanza siempre, por lo tanto, en el sentido del consumo menos natural. Es fácil de explicar el fundamento de que ocurra esto, pues todo progreso económico tiene siempre, sin duda alguna, como resultado, además de un mejoramiento en la satisfacción de las necesidades naturales, un aumento progresivo y acelerado de las necesidades sociales, y como las primeras, según vimos antes, son limitadas, el enorme crecimiento de la producción, traído por aquel progreso, tuvo que orientarse hacia las últimas por ser ilimitadas. Ahora bien, el predominio cada vez mayor, dentro de una organización económica, de la producción dirigida a satisfacer necesidades sociales, va ligado, ineludiblemente, por una ley natural o fisiocrática, a un hecho de la mayor importancia, cuyas consecuencias vamos a examinar.

No se puede dudar, ciertamente, de que los países más adelantados de hoy son también los más industrializados y más ricos; pero aun descontando la influencia de la Industria en los progresos de la Agricultura, arados, segadoras mecánicas, tractores, grandes obras de ingeniería hidráulica, etc., queda todavía el hecho indudable de que en los pueblos de mayor progreso económico, los superindustrializados, el volumen, el valor de los productos de su Agricultura es sólo una fracción pequeña de los de su Industria y fue posible su prosperidad, porque había, y sigue habiendo, en el mundo otros pueblos *atrasados económicamente* que les suministraban los alimentos de que carecían. Reaparece aquí la vieja y olvidada idea fisiocrática de que el trabajador de la Industria no produce lo que consume.

Pero esto no es todo. En los pueblos industrializados, y a causa del constante aumento de la demanda de trabajo, de la elevación de las

rentas y del alto nivel de vida que se disfruta, el crecimiento de la Industria va ligado a un crecimiento paralelo de la población, como habían demostrado ya los mercantilistas. Esta teoría fue el fundamento de una política. La teoría es cierta sin restricciones; la política muy equivocada sin ellas. Consecuencia de ella fue el crecimiento de la población, a un ritmo sin precedentes en la Historia, en la zona metropolitana de las economías muy industrializadas, población montada sobre una organización productiva que creaba rentas de trabajo sin base alimenticia. Pero mientras actuaba en las mentes la renovada política mercantilista de industrializar para poblar (y fortalecerse militarmente) actuaba en la realidad la olvidada, y tan repetida aquí, verdad fisiocrática de que el trabajador de la Industria no produce lo que consume.

Que dentro de una organización económica es indispensable una industria muy desarrollada es algo tan evidente que se debe considerar como puro desatino negarlo. Los productos industriales contribuyen en tal forma al bienestar que son ya necesarios e imprescindibles. No se puede vivir hoy sin ellos; pero tampoco se puede vivir con ellos solos. Tan absurdo es negar la importancia de la Industria como creer posible una organización económica que no tenga base agraria dentro de una área geográfica fácilmente asequible.

Adam Smith, aunque cometió un error de principio, tenía razón dentro de los límites de la organización librecambista y cosmopolita que se forjó en su mente, modelo que se impuso luego a la economía inglesa, porque el crecimiento de la industria y de la población metropolitanas estaba articulado dentro de una organización cuya base agraria era el mundo entero, o, al menos, todas las zonas accesibles al tráfico de sus barcos mercantes y al poder de sus navíos de guerra. Y aunque parezca mentira, las mismas razones que justifican al librecambista Smith, dentro de sus límites, justifican también a su adversario, al proteccionista List, dentro de los suyos; porque su idea del progreso económico no es cierta como principio absoluto o universal, pero dentro de una organización nacional es muy cierto que el rendimiento de las fuerzas productivas progresa en el sentido de la industrialización, en tanto que el aumento de la población no rebasa los límites de su base natural fácilmente asequible. En cuanto los traspasa necesita un *espacio vital* exterior, necesita integrarse, ineludiblemente, con países coloniales o económicamente *atrasados* que le suministren la base natural de que carece.

Era ésta, como se sabe, la situación de muchos países europeos en el año de 1914. Necesitaban primeras materias para su Industria y alimentos para su población. Pero era la Industria lo que ocupaba el primer plano de la atención; la competencia internacional actuaba en la lucha por las primeras materias para fabricar y la conquista de mercados para lo fabricado. La contienda del 14 fue la guerra industrial. Pero después, a causa de la presión de la superpoblación, en los países más modernamente industrializados que Inglaterra, Alemania e Italia, se perfiló la idea del “espacio vital”, que suministraría la base natural, sin la cual no podían progresar ni sostenerse. La Agricultura era ya, casi, tan importante, en sus preocupaciones, como la Industria. La segunda Gran Guerra fue tan agraria como industrial, pues lo que se ventilaba, en el fondo, era la creación de aquellos “espacios vitales” que habrían de encuadrar organizaciones económicas vitalmente completas.

Siempre fue cosa arriesgada anticipar el porvenir; pero es, casi siempre, posible conocer las premisas de que arranca, porque pertenecen al presente, y deducir de ellas el esquema racional que se impondría al desenvolvimiento posterior, si los azares imprevisibles de la Historia no desviasen la trayectoria de aquel curso lógico. Por eso, dentro de las limitaciones indicadas, puede presumirse que si la idea mercantilista del crecimiento de la población, fundado en la Industria, continúa vigente y se sigue considerando esto como progreso económico, cuando los países todavía agrarios, económicamente atrasados, progresen, en un tiempo no muy lejano, y siguiendo una evolución normal, tendremos la contienda, la Gran Guerra, que no será industrial ni industrial-agraria, sino agraria exclusivamente. No se peleará por el petróleo, el carbón o el hierro, sino por las patatas, los garbanzos y las judías.

* * *

Esto escribí hace más de treinta años. Sin embargo, al resumirlo ahora, porque se están difundiendo esas mismas inquietudes y se hace una crítica idéntica a las mismas ideas económicas clásicas, debo confesar, sinceramente, que me hizo mucho impresión esto que leí, no sé dónde, de un “futurista” inglés del año 70 del siglo pasado. Decía que Londres no podía crecer más, porque sería imposible la vida en la ciudad con la cantidad de establos necesarios para las mulas de los transportes urbanos.